

**Trouillot, Michel-Rolph.** 1995. *Silencing the Past. Power and the Production of the Past.* Boston, Beacon Press. 191 páginas, incluyendo notas bibliográficas e índice de nombres y temas.

“Cualquiera persona, en cualquier lugar, con una adecuada dosis de sospecha puede formular preguntas a la historia sin pretender que esas mismas preguntas estén afuera de la historia” (p. xviii). Y más precisamente habiendo crecido como Michel-Rolph Trouillot en Haití, en el seno de una familia apasionada por la historia. Esta crítica implícita a lo que podría llamarse la “mala” reflexividad de cierto constructivismo historiográfico ingenuo, sirve de guía a un libro excelente, aún no traducido, escrito por uno de los antropólogos más reconocidos en los Estados Unidos. La obra se despliega en cinco capítulos -El poder en el relato, Las tres caras de Sans Souci, Una historia impensable, Buen día, Colón, La presencia en el pasado- un prefacio y un epílogo. *Silencing the Past* nos propone reflexionar sobre cómo los relatos que simultáneamente silencian y revelan el pasado dramatizan las vidas y obras del poder.

La siguiente reseña tiene la pretensión de imitar en la forma y en la expresión el argumento que el propio Trouillot defiende a nivel del contenido y la sustancia. Hemos reordenado sus puntos principales a partir de las claves interpretativas presentadas en el primer capítulo -El poder en el relato- que, *mutatis mutandis*, autoriza el resto de la narración. En efecto, si consideramos el libro como un ejemplar de los silencios y las revelaciones que constituyen todo relato en general y, específicamente como sostiene el autor, toda narrativa (*story*) sobre la “historia” (historicidad 1) y la “historiografía” (historicidad 2), su argumentación debería mostrar las *marcas* de un ciclo de silencios preñados de poder en cuatro niveles: “el momento de la creación fáctica (la manufactura de las *fuentes*); el momento del ensamblaje fáctico (la manufactura de los *archivos*); el momento de la recuperación fáctica (la manufactura de las *narrativas*) y el momento del significado retrospectivo (la manufactura de la *historia* en última instancia)” (p. 26). Releemos.

### **La fuente de Trouillot**

La *relación entre el poder y la producción de la narrativa histórica* carga con el peso de la facticidad. Se trata del preciso “momento de la creación del hecho” como gesto indicial de “*hechicería*” que revela lo obvio: los historiadores existen, están interesados en la historia y producen poder a fuerza de inscribir narrativas (siempre y cuando sean historiadores y estén interesados en la historia).

Esta primera marca denuncia el lugar institucional del autor y su intención. Se trata de un texto de circulación académica en el “Atlántico Norte” (nuestra reseña lo confirma y lo expande al “Sur”) apoyado en un aparato editorial universitario y respetuoso de las reglas del género ensayístico. Pero, sobre todo, este primer hecho sobre el que gira el problema de la obra, insinúa también cómo las intenciones de metareflexividad funcionan como un mecanismo de (auto)legitimación al interior de esta academia, fuertemente condicionada por criterios de novedad y vanguardismo.

### El archivo de Trouillot

Pareciera que el montaje de la *relación entre el poder y la producción de la narrativa histórica* resulta particularmente apto al debate académico general entre positivistas y constructivistas. Sin embargo, la verdadera intervención de Trouillot se da al interior del gremio de historiadores o antropólogos/historiadores que ya no pueden dejar de considerar que la historia es una especie de la representación y de la retórica “¿Es que todavía quedan académicos que piensen en términos de hechos brutos?” se pregunta Trouillot para justificar de inmediato la operatividad de su archivo, a saber: los *intercambios académicos entre historiadores constructivistas y pos-constructivistas*. El objeto problemático poder/narrativa es montado en este debate y se revela particularmente en las secciones del primer capítulo: Una historicidad unilateral (One-sided Historicity) y Entre la verdad y la ficción (Between Truth and Fiction) (p. 4-14). Allí, el autor busca distanciarse de las consecuencias relativistas, más o menos paralizantes y, en última instancia, autoengañadoras de algunas de las tendencias del giro lingüístico, principalmente aquellas que se inspiran en los trabajos seminales de Hayden White. El movimiento de Trouillot podría caracterizarse como posconstructivista o “anti-anti-realista” (con énfasis en el término “realista”) en la medida en que niega la negación de lo real implicada en ciertas críticas reduccionistas de la narratividad de la historia. La historicidad 2 o “historiografía” no es un gesto exclusivamente discursivo ni puede esquivar el hecho de que su *performatividad* se sitúa “en cadena”. No es preciso ser positivista para llamar a ese “encadenamiento” que opera como referente y limitación -sea textual o extratextual- con el nombre de “lo real”. Trouillot expone así el dilema del constructivista: “Mientras puede señalar cientos de relatos que ilustran el principio general de que las narraciones son producidas, no puede dar cuenta completamente de una única narrativa” (p. 13). El constructivismo no reconoce la paradoja de que, por un lado, postula un referente de realidad (para juzgar los cientos de relatos de una “misma” cosa) y por el otro, insiste en negarlo. De este modo, Trouillot estipula que la tarea elemental de la crítica es, sin lugar a duda, la de desplegar una suerte de constructivismo a fin de contrarrestar “verdades” que se presentan como autoevidentes (cfr. la discusión en torno a “la esclavitud americana”), pero al mismo tiempo, también es preciso defender una suerte de esencialismo estratégico (a la Spivak) para contraponerse a la entropía de lo ficcional (cfr. su argumento sobre “*el holocausto*”).

Pasando revista a su archivo, vemos que Trouillot desarrolla un segundo argumento bajo el título Una historicidad de lugar único (Single-site Historicity), esto es, del pasado y de la academia. En primer lugar, se critica el modelo de la historia-memoria como gabinete de las cosas pasadas. La historia no es memoria del pasado. Al contrario, la historia debería reforzar la posicionalidad entre el pasado y el presente. El pasado no existe independientemente del presente, y ambos carecen de contenido propio. “El pasado -o, más precisamente, la cualidad de pasado- es una posición” (p. 15). Trouillot plantea seguidamente cuestiones esenciales sobre el deslinde del pasado del presente recurriendo a indicaciones acerca de la estructura fenomenológica de la conciencia histórica. Su discusión recae más que nada en la identificación de los pasados colectivos y en esta línea concluye con la afirmación de la inevitable co-constitución presente de la comunidad y su pasado. La segunda crítica apunta a lo que hasta ahora hemos venido presuponiendo como el espacio “académico” donde la historicidad 2 crece y se reproduce privilegiadamente. En un típico ademán “poscolonial” Trouillot expande la cuestión de la historicidad 2 a la totalidad del campo social. Reconoce así que existe una variedad de narradores de historias que están diferencialmente autorizados de acuerdo a determinadas coordenadas sociohistóricas. Todos estos narradores “en la academia o fuera de ella” participan, con diferentes técnicas reflexivas, en la elaboración contemporánea de relatos acerca del pasado. Su sugerencia principal se centra en que las narrativas “folk” sobre la historia deben ser reconocidas como el lugar estratégico donde se produce la memoria social, disminuyendo, por lo tanto, el academicismo que traicionan tantas “filosofías de la historia”. En la misma línea, Trouillot plantea algunas cuestiones sobre la legitimidad y el poder sociopolítico de las narrativas que provienen del gremio de los historiadores. Advierte, por ejemplo, los *impasses* y dilemas que enfrentan los historiadores académicos en la fragmentada sociedad moderna cuando intentan balancear su ética profesional con sus posiciones políticas. El reconocimiento del aspecto hegemónico del poder de los relatos académicos, lejos de cerrar la cuestión de la autoridad de los historiadores, la agudiza en el marco de un conjunto específico de preocupaciones éticas para tan particular “nosotros”.

Abrazando una vez más esa fuente-hecho del poder/narrativa y el horizonte archivístico (pos)constructivista que le da sentido, nuestro autor se resiste a caer preso de una indecibilidad ética entre la mirada olímpica del positivista o el infierno gozoso del que gira y gira discursivamente. Lo que reclama es una “historia de manos a la obra” que use creativamente el poder reconocido a los historiadores -en sí mismo, un producto histórico- para narrar e intervenir en la historia de los poderes (aquí se incluye en una constelación similar junto a Karl Marx, Marc Ferro, Jean Chesneaux, Michel de Certeau, Tzevan Todorov, David Cohen, Krysztof Pomian, Adam Schaff y Ranajit Guha). Únicamente el reconocimiento incansable de la situacionalidad del historiador en su gremio y en la forma de vida académica, afirma Trouillot, puede derivar en una ética pragmática que pueda justificar decisiones generadas en el complejo entrelazar de ideales y situaciones dadas. Solamente así podrían conjurarse tanto la tecnocracia empirista como el escapismo libertario

## La narrativa de Trouillot

Ahora bien, a la hora de buscar la manera concreta de escapar a la implosión textualista y a la parálisis ética, el antropólogo/historiador comienza a contarnos un relato (*teorizando la ambigüedad y rastreando el poder*) que tiene por protagonista principal a la *ambigüedad productiva* que se reconoce entre “lo que sucedió” (“historia”, historicidad 1) y “lo que se dice que ha sucedido” (“historiografía”, historicidad 2). Esta ambigüedad productiva resuena en otros planos homólogos como los que se dan entre referente y texto, entre verdad y ficción, entre el historiador como agente/actor y el historiador como sujeto de conocimiento y narrador/autor, entre la reflexividad de los historiadores y la de la gente común. Ninguno de estos pares es mediatizable o reducible a alguno de sus términos. En ellos se funda no solo una *problemática* sino también un *método*. A pesar de que esta ambigüedad no puede ni debería ser “detenida” requiere, sin embargo, un referente, algún tipo de indicación provisional de aquello que la “causa”. La respuesta de Trouillot relaciona ese algo, fuente de toda ambigüedad y transitivamente de la condición humana, con la *historicidad*. Evidentemente, aquí es inevitable cierto deslizamiento hacia cuestiones “metafísicas” que revelan más que en ningún otro pasaje, las condiciones *problemáticas* de la afirmación universal de una historicidad.

“Historicidad”, en el uso del autor, es ante todo un método para identificar la situacionalidad, la intencionalidad y las múltiples limitaciones que condicionan las prácticas de esos seres llamados humanos. Es decir, la “historicidad” permite captar la preeminencia relativa de las tres capacidades de la praxis: como agencia (inserta en posiciones estructurales), actuación (situada en contextos) y subjetivación (conciente de su vocalidad). Obviamente, esta discusión remite a la concepción de Marx acerca de las condiciones de opacidad en que los agentes realizan su propia historia. Los seres humanos no pueden distinguir inequívocamente, aunque lo *intentan*, hechos de ficciones, objeto de sujeto, el pasado del presente y el futuro. Proyectos incompletos de transparencia cognitiva sobre nuestra condición y la del mundo, no “somos prisioneros de nuestro pasado ni podemos hacer con la historia lo que se nos ocurre” (p. xix) ¿Será por esta razón que el propio Trouillot se vuelca en el texto buscando dramatizar por medio de viñetas personales esa condición existencial –que a este respecto es la de la confusión entre la historicidad 1 y la historicidad 2? Estos paratextos buscan decirnos cómo y por qué el autor, criado en “una familia en la que la historia se sentaba a la mesa”, se aproxima a sus temas historiográficos.

Si la narración de la historia (escrita u oral) pertenece al ámbito de la historicidad debe involucrar la asunción metódica y el manejo productivo de las ambigüedades que este ámbito implica. Es aquí donde el poder entra en el argumento. En efecto, la determinación del peso moral de los hechos en relación a las ficciones, del pasado en relación al presente o al futuro, de los historiadores de cara a los legos, de la “conciencia” en relación al “reflejo condicionado”, o de cualquier otro sistema de elementos enclavado en el terreno de lo ambiguo, es el producto de relaciones de poder históricamente construidas entre agentes, actores y sujetos. Relaciones de poder que son intrínsecas a la constitución de los

relatos sobre la historia. En última instancia, y cerrando una vez más el círculo, “relaciones de poder” es el propio referente ambiguo de “narrativas condicionadas sociohistóricamente”. Pero esta mutua referencialidad no implica identidad sino más bien yuxtaposición. En un modo característicamente foucaultiano la barra que determina el sintagma “poder/saber” no implica una asimilación de los términos ni los reduce al orden del discurso sino que también alude a una topología no-discursiva. En este sentido, Trouillot se opone tanto a la radical “textualización” de la historia como a la disipación de todo estandar valorativo bajo el supuesto de que los saberes están preñados de un poder *en general*. En otras palabras, ni la historicidad se acomoda únicamente en el espacio del texto ni toda narrativa histórica es una equivalente funcional del tráfico de memorias. Esta apuesta revela cómo el poder es una fuerza que simplifica, clarifica, unifica y hace posible decisiones pragmáticas tales como saber la historia de un modo u otro (y la historia del poder y el saber de un modo u otro). Pareciera entonces insinuarse en Trouillot cierta sensibilidad ética hacia la necesidad de desarrollar tácticas de poder que eviten el cierre de la ambigüedad que desean tanto las epistemologías *basadas* en los hechos como las epistemologías *invencionistas* de “hechos”. Estas tácticas siempre desembocarían en un inevitable conocimiento parcial y circunstanciado que reactualizaría la antigua relación entre historia, política e ironía trágica.

### La historia de Trouillot (y su sentido retrospectivo)

En última instancia, una teoría de la “historia” y de la “historiografía” es una tarea imposible porque en ella misma exuda la historicidad. *Entretanto*, Trouillot solo dispone de lo que podríamos llamar una analítica (a la Foucault) que incluye todos los elementos que corresponden a las fuentes, los archivos y las narrativas y el sentido, a los fines de autorizar la respuesta a la siguiente pregunta: ¿para qué investigar por qué aconteció lo que aconteció?

La historia de esta respuesta comienza antes de cualquier investigación, en una producción histórica sobre la historia que podemos ilustrar así: porque el conocimiento cohabita con el poder, las narrativas históricas son “reducciones” más o menos concientes, más o menos coherentes del proceso histórico y de la multivocalidad de los seres humanos. El relato o “reducción” de la historicidad 1 a la historicidad 2 -“x sucedió por n motivos”- clausura temporariamente la ambigüedad productiva que entre ellas se da. Y al clausurarla hace justicia a esa *productividad* entregando en la historia una palabra sobre la historia. Cada texto, incluso el más “textual”, no puede evitar que junto a la tangibilidad material que lo orienta a ser consumido (visto, leído, tocado, escuchado, aún olido y degustado por alguien) surja un mínimo común denominador de reificación. Un texto histórico sensible a esta deriva fetichizante debe proveer, al menos, las claves para abrir las puertas que él mismo mapeó como cerradas. Algunas se abrirán para algunos; para otros, otras puertas permanecerán cerradas por siempre, aún sin percibir que están

cerradas ¿Está la puerta abierta, abierta y cerrada, la cerrada? Todo texto es una puerta giratoria -abierta y cerrada- para ser atravesada por el poder.

La metáfora elegida por Trouillot para hablar del estatuto de este abrir y cerrar es *silencio*. Silencio es el sonido que se escucha en el disparo de un arma con silenciador. El sonido del silencio es violencia que revela y esconde. Los silencios más potentes son aquellos que se disuelven rápidamente en la pacífica quietud de una atmósfera que podría llamarse “formación discursiva”. Pero este silenciamiento de inspiración nietszcheana tiene además, a mi entender, la connotación de suprimir o reprimir a algunos sujetos, actores y agentes, principalmente aquellos situados en una relación de subalternidad. Identificar el silenciamiento de este modo nos vuelve a conectar con un proyecto iluminista, emancipador de aquellas voces, conciencias y prácticas consideradas como enmascaradas, invisibles o inaudibles. Pero, como el autor remarca, no todos los silencios son iguales, ni comienzan en el mismo punto, ni funcionan de la misma manera. A esto se debe que los debates académicos y sociales sobre la historia puedan referirse de modos distintos a la cualidad de la historicidad, enfatizando ya sea los hechos, el archivo, las interpretaciones, e incluso la “filosofía de la (verdad de la) historia”. Tomando en cuenta esta fenomenología del silenciamiento, Trouillot imagina diferentes posibilidades críticas de acuerdo a los tipos y combinación de silencios que se intenta “hacer hablar”. Demostrando gran oficio, el autor aborda en los capítulos centrales la deconstrucción de tres narrativas históricas. El *significante* Sans Souci, la Revolución Hatiana como *signo impensable* y la *importancia* del Día de Cristobal Colón nos muestran esta “historia de manos a la obra” donde se cumple la promesa de pensar la producción histórica en lugar de la idea de historia. En lo que resta, resumiremos su análisis sin proponernos substituir la lectura profunda que estos ejercicios merecen.

### ***Sans Souci o el silenciamiento al nivel del archivo***

Todas las partes interesadas conocían los hechos acerca de las tres caras del nombre Sans Souci, a saber: el palacio haitiano, el palacio de Postdam y aquel coronel de la Revolución haitiana, antiguo esclavo traído desde el Congo. Ya habían sido creados como documentos, edificios y cuentos folklóricos. Y, sin embargo, a la hora de narrar estos motivos algo faltaba. La desigual importancia dada, en el ensamblaje de los archivos, a los tres referentes de Sans Souci culminaría a la larga en el silenciamiento recurrente del coronel en la historia de la Revolución haitiana. Trouillot se embarca entonces en la reconstrucción de este archivo.

Rebobinando silencios específicos acerca de la conexión entre las tres caras de Sans Souci, tanto al nivel de la historiografía como de las narrativas orales, nuestro autor arriba al punto en el cual Sans Souci, el palacio, oculta -y revela para alguien inclinado a buscar más allá del archivo- la vida y el papel revolucionario de Jean-Baptiste Sans Souci.

Lo que de hecho se descubre en este silencio es otra narrativa, la de “la guerra dentro de la guerra”, esto es, las luchas entre los grupos comandados por los líderes *creoles* de la Revolución -Dessalines, Louverture y Henri-Christophe I- y los grupos de Bossales (ex-esclavos nacidos en Africa) liderados por Sans Souci. En esta lucha estaba en juego la radicalización de la Revolución, hecho que la inmensa mayoría de la historiografía haitiana ha tendido a ignorar con el fin de preservar la épica libertaria dentro de los límites de una sólida imagen de gloria y destino.

En este contexto, Trouillot reflexiona sobre los desiguales esfuerzos para documentar el pasado. La materialidad y la impresionante fachada del palacio Sans Souci en Postdam se yergue sobre las ruinas de Sans Souci en Milot del mismo modo en que el eurocentrismo vive en tranquila ignorancia de Haití. Ambos monumentos construidos para ser recordados tanto por Federico el Grande como por Henri-Cristophe I ensombrecen, a su vez, la frágil memoria sobre el cadáver sin tumba de aquel coronel proveniente del Congo. “Las presencias y ausencias incorporadas en las fuentes (artefactos y cuerpos que transforman un acontecimiento en hecho) o en los archivos (hechos recolectados, tematizados y procesados como documentos y monumentos) no son ni neutrales ni naturales” (p. 48). La hegemonía al nivel del archivo se aprovecha de las diferentes valoraciones socioperceptivas dadas a lo tangible, lo visual y lo audible para retrabajarlas en una jerarquía de datos para la historia. Aun más, la construcción de los hechos y los archivos refleja el control diferencial de los medios de producción histórica y las distintas habilidades e intereses de los individuos y las comunidades para dejar marcas intencionales de sus acciones. Específicas orientaciones temporales y escatológicas determinan la divergencia entre lo que es relevante conservar y lo que no lo es, y bajo que formas materiales se lo conservaría. Pero no es necesario excluir alguna clase de hechos como no relevantes para identificar el poder del silenciamiento. El silencio es, sobre todo, la propia inscripción de algo como “hecho”. La *hechicería* que determina las cualidades del pasado, el presente y el futuro contra el fluir del tiempo.

Como bien se muestra en la historia del coronel Sans Souci su facticidad no estaba negada. Era la cualidad de este hecho la que lo volvía “peligroso” en el archivo de la Revolución. No es suficiente conocer un hecho, es preciso conectarlo a un esquema de saber autorizado, a un archivo que lo dote de una legitimación añadida y que, a su vez, se confunda con el reconocimiento otorgado al estamento de los historiadores. En efecto, “el poder-de-archivo determina la diferencia entre el historiador, amateur o profesional, y el charlatán” (p. 52). Los archivos son espacios de mediación institucionalizada entre la historicidad 1 y la historicidad 2. Ellos establecen los límites de la “debatibilidad del pasado” a través de la selección de un verosímil historiográfico.

Los silencios que puntúan el problema Jean-Baptiste Sans Souci se expresan también en la superficie narrativa mediante una baja frecuencia de aparición de su figura o como una subsunción en otro motivo temático. En todo caso, la deconstrucción de este silencio de archivo reclama una nueva narrativa de la Revolución haitiana. Trouillot apenas limpia el terreno para esta empresa de largo aliento pero, a cambio, propone una

interpretación general de la elisión de aquel coronel en la memoria oficial de Haití. Concretamente, se nos dice que su memoria fue enterrada y silenciada en un ritual de muerte por el cual su asesino y enemigo, Henri-Christophe I, absorbió su nombre utilizándolo como emblema del palacio que eternizaría su memoria por siempre. Doble *hechicería*: Sans Souci-Milot es Jean-Baptiste Sans Souci.

### ***La Revolución haitiana o el Gran Silencio***

Este es un relato acerca de un silencio casi perfecto, de un fracaso cognitivo condicionado ontológicamente. Es la historia de Occidente silenciando a la Revolución haitiana bajo la forma de un *acontecimiento impensable* para quienes fueron sus contemporáneos (aquellos que crearon los hechos, los archivos, las narrativas y su sentido).

Cuando sucedió la Revolución, Europa no podía entender que los esclavos africanos y sus descendientes pudiesen soñar con la libertad. Este “impensar” estaba fundamentado ontológicamente: la libertad es incompatible con la “raza negra”, “esclava”. Y a pesar de ello, aquellos esclavos africanos no solo desearon ser libres, también lucharon en una Revolución y crearon el primer estado independiente y negro del continente americano. Si todos estos “hechos” simplemente no existían para Europa, ¿cómo puede llegar a ser escrita una historia de “lo imposible” (para Europa)? “¿Hasta qué punto la historiografía moderna de la Revolución haitiana -como parte del discurso occidental acerca de la esclavitud, el racismo y la colonización- ha roto los férreos vínculos del medio filosófico en que nació?” (p. 74). Estas son las cuestiones fundamentales que ataca Trouillot en este capítulo.

Comienza describiendo los dilemas que se enfrentaban en la Francia iluminista *antes de la Revolución haitiana* al tratar de dar sentido a la esclavitud en el marco de la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (igualdad, libertad, fraternidad). Incluso *philosophes* como Raynal y Diderot, quienes escribieron el tratado más consistente contra la colonización, no dejaron de reconocer diferencias raciales y grados de humanidad. Ahora bien, con el primer estallido revolucionario, la reserva europea de lo “impensable” empieza a oscilar paso a paso con los sucesos de Santo Domingo, reacomodando en el trayecto sus categorías y criterios de autojustificación. Cuando se declaró la insurrección, el reconocimiento metropolitano de la resistencia de los esclavos resultó imposible pues habría significado que, después de todo, aquellos eran seres humanos substantivos con derechos reales. Más tarde, las élites europeas se plegaron a la idea de que la resistencia en masa podía ser posible pero debido más a cierta animalidad intrínseca de los esclavos negros que a sus proyectos morales y políticos. No pasó mucho tiempo hasta que se creyó que el poder de Louverture se debía a la ayuda prestada por alguna potencia enemiga de Francia. Finalmente, una vez declarada la independencia de Haití en 1804, pasaron más de cincuenta años hasta que Francia, los Estados Unidos y el Vaticano la reconociesen. “La Revolución haitiana fue impensable en Occidente no sólo debido a

que desafió la esclavitud y el racismo, sino por la forma en que lo hizo” (p. 87). Y agrega el autor: “La Revolución haitiana fue la prueba final de las pretensiones universalistas de las revoluciones francesa y americana. Ambas fueron desaprobadas” (p. 88).

Este *imposible* acontecimiento fundamental de una historia (que no es la de Occidente) fue luego remodelado en la historiografía a través de dos tipos de silencios retóricos denominados por Trouillot fórmulas de “borradura” (erasure) y “banalización”. El primero niega que haya tenido lugar una Revolución, mientras que el segundo silencio selecciona cadenas de sucesos aquí y allá y los vacía de contenido emancipador. En general, concurren al silenciamiento de la Revolución tanto su elisión como su generalización “detallista”, tanto su inclusión, a modo de pretexto, en el entramado de temas historiográficos secundarios tales como la esclavitud, el racismo y el colonialismo como la trayectoria política del propio estado haitiano que no pudo forzar una autorización internacional del tema. En el mejor de los casos, “el silenciamiento de la Revolución haitiana es sólo un capítulo en una narrativa de la dominación global. Es parte de la historia de Occidente y probablemente persistirá siempre y cuando la historia de Occidente no sea recontada en los términos de una perspectiva mundial” (p. 107). En el peor, la Revolución llega a revestir la cualidad de un no-hecho. El poder-de-archivo se muestra en este caso en su máxima expresión al punto de que el sentido de este acontecimiento, cuando es registrado, todavía es debatible tal como lo señala la inestabilidad terminológica y moral de las narrativas: *¿después de todo*, se trató de una “revolución”, una “rebelión”, o de una “insurrección”?

### ***El Descubrimiento del 12 de Octubre y de Colón o los silencios en la celebración de un mito histórico fundacional***

En su tercera y última deconstrucción, nuestro autor aisla otro tipo de silencios. En este caso se cuenta con archivos rebosantes de hechos que determinan los límites para un conjunto de narrativas más o menos similares en torno a un viaje y un desembarco de un genovés (¿?) en una isla. No obstante la multitud de sentidos retrospectivos, muchas veces alternativos, el propio mito de este acontecimiento queda intocado.

¿Qué significa el 12 de Octubre de 1492? En primer lugar, Trouillot recurre a un archivo alternativo para mostrarnos la insignificancia contemporánea de este suceso. En efecto, en España su importancia fue abrumadoramente ensombrecida por la *Reconquista* de Granada (descubierta *para todos* mucho después). “Descubrir” al 12 de Octubre de ese manto de silencio coetáneo requirió operaciones de fijación temporal, descontextualización y denominación apropiada. Este proceso comenzó en el siglo XVI cuando López de Gomara sugirió a Carlos I que la hazaña de Colón era, en verdad, el acontecimiento histórico más importante desde la Creación. Desde ese primer “vaciamiento” del tiempo, el “Descubrimiento” del 12 de Octubre sería el origen de una vasta tecnología de conmemo-

ración en torno a una fecha, una hazaña y un héroe. Los rituales conmemorativos crecieron en importancia a partir del fin del siglo XVIII e hicieron posible la laminación de múltiples interpretaciones sobre el 12 de Octubre. Trouillot reconstruye el conflicto entre las historias pasteurizadas sobre Colón —que son también las de la invención de América— narradas desde las perspectivas española, “americana” y “latinoamericana”.

Mientras en Europa la figura de Colón decaía en favor de la de América, en “América”, hacia 1792, la Tammany Society establecía el 12 de Octubre en el calendario de Nueva York. A su vez, las ex-colonias españolas veían la figura de Colón con gran ambivalencia, por lo menos hasta fines del siglo XIX. En la medida en que sus mitos de origen estaban enraizados en el criollismo y el indigenismo —ideologías de mestizaje del Nuevo Mundo— las naciones de América Latina no necesitaban demasiado de un símbolo del viejo mundo como era Colón. En cambio, en el contexto de la política etnificante de los Estados Unidos que enfatizaba continuidades entre los inmigrantes y su origen europeo, la figura de Colón estuvo indisolublemente ligada a la legitimación de estos grupos, sobre todo aquellos considerados “inferiores” por su meridionalidad o su catolicismo. Tres grupos étnicos diferentes comenzaron a reivindicar a Colón durante el siglo XIX: los españoles, los italianos y los irlandeses. Fueron principalmente estos dos últimos los que consiguieron presionar a las autoridades para un reconocimiento oficial de Colón sobre la base de que éste simbolizaba el catolicismo. La aceptación oficial implicó también el “blanqueamiento” de Colón y, transitivamente, el de aquellos grupos que con él se identificaban. A la larga, la operación colombina transformaría a los grupos inmigrantes en ciudadanos étnicos de “América”.

Las conflictivas apropiaciones del 12 de Octubre, el Descubrimiento y Colón se destacaron en ocasión de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento, patrocinado por España en 1892, y de la Exposición Mundial Colombina de Chicago en 1893. Colón como el hidalgo castellano se enfrentaba al héroe yanqui en terremo “americano”. En efecto, tanto España como los Estados Unidos vieron en Colón una narrativa disponible para legitimar su influencia en Latinoamérica. Pero, según Trouillot, las élites latinoamericanas reaccionaron al desafío desarrollando una apropiación inesperada. Sobre la base de la doble referencia de “American” (habitante del continente americano y habitante de los Estados Unidos), Latinoamérica rescató a Colón de ese lugar de nuevo conquistador yanqui que le otorgaba Chicago, y al mismo tiempo, trató de oponerse al Colón europeo que, por entonces, España, Francia, Italia y Alemania fomentaban para oponerse al “panamericanismo” de los Estados Unidos. La apropiación latinoamericana del mito de Colón y el Descubrimiento tuvo su mejor triunfo en el marco del hispanismo y nacionalismo de los primeros treinta años del siglo XX que culminaría en la institución del Día de La Raza o día del mestizaje americano.

En todos estos casos, silencios sobre hechos, archivos, narrativas y sentidos globales estaban operando bajo el horizonte de este primer silencio constituido en el mito Colón-Descubrimiento. Pero esta historia de apropiaciones no tiene fin. Trouillot nos muestra cómo en 1992 una nueva categoría social se legitima en el espacio público internacional

enfrentando y reconociendo a Colón y al Descubrimiento como “mito”. Son los pueblos indígenas, los aborígenes de “América”, los “*native american*”, los “indios” que dramatizan la emergencia de una nueva conciencia histórica encajada en otro silencio revelador: Colón como símbolo del Mal.

El capítulo La presencia en el pasado (The Presence in the Past) nos introduce en una reflexión sobre el cuarto momento de la producción de la historia, el del sentido retrospectivo. La polémica surgida alrededor de la representación de la esclavitud en Disneylandia (¿es auténtica?, ¿es moral?) le permite a Trouillot construir una analogía con las representaciones historiográficas de esos “parques de diversiones” ahistorizables que parecen ser los “textos académicos”. Si bien esta discusión está principalmente dirigida contra el divorcio que existe en Estados Unidos entre la academia y el espacio público, sus consecuencias afectan a cualquier práctica académica en general. En un claro movimiento antiderridiano, nos dice que “salirnos de los textos nos permite liberarnos de la tiranía de los hechos” (p. 145) y, por lo tanto, conectarnos subjetivamente a la tensión entre el pasado y el presente. No hay seguridad ni en el pasado, ni en el texto fetichizado, ni en la academia (cfr. “Single-site Historicity”). La historia es efectiva y presente o no es. Así el sentido retrospectivo de una historia está ligado a la representación de un “fantasma” cuya presencia se reparte entre el pasado, el presente y el futuro. Aquí, culmina Trouillot, se establece la autenticidad de la producción conjunta de la historicidad 1 y la historicidad 2 bajo la pregunta acuciante del “¿para qué?”.

Finalmente unas breves reflexiones sobre el “para qué” de nuestra reseña. Como adelantamos, trasladar la problemática de la legitimación de la historia y de la práctica historiográfica y antropológica de los Estados Unidos a la Argentina es un hecho que no puede pasar desapercibido. En rigor de verdad, estas y otras traslaciones han sido hechas a lo largo de la historia social e intelectual en la Argentina. No obstante, queremos llamar la atención sobre el creciente número de “académicos” argentinos que itineran entre Estados Unidos (Europa, Brasil, México) y Argentina y lo que esto implica en términos de legitimación institucional y prácticas profesionales para “los que se quedan” y también para “los que se van”. Evidentemente es este el predicamento de la yuxtaposición entre la historia y la historiografía, entre el poder y el saber. Pero también es lo que obliga a ensayar un “sentido retrospectivo” que, conectando cuasi míticamente el pasado, el presente y el futuro, indique como problemas candentes de nuestra condición académica en Argentina, no sólo la separación con lo público, sino también la separación con los medios de reproducción profesional, la disociación entre las generaciones y la ambigüedad entre lo que somos y lo que quisimos ser, *gracias* a ese otro gran silencio llamado Argentina.

AXEL LAZZARI\*

---

\* Universidad de Morón. Esta reseña fue realizada en el marco del Doctorado en Antropología en Columbia University financiado mediante una beca Fulbright/Universidad de Morón. e-mail: alazzari@hotmail.com